

LA CONSTRUCCIÓN DE LA PAZ EN EL SALVADOR

Carlos Mauricio Canjura Linares
Ministro de Educación

En esta sección presentamos el discurso que hiciera el Ministro de Educación, Carlos Mauricio Canjura Linares, a propósito del lanzamiento del Foro Cultura de Paz, que fue convocado por el Ministerio de Educación durante diciembre de 2016, en las vísperas de la conmemoración del veinticinco aniversario de la firma de los Acuerdos de Paz en El Salvador. Para conmemorar durante todo el 2017 este trascendental acontecimiento se convocó al Foro, el cual está integrado por una serie de mesas de trabajo que abordan diferentes temáticas: sociedad y violencia, currículo educativo, género, formación docente, buenas prácticas para la cultura de paz. Estas mesas tienen como gran objetivo realizar una contribución al desarrollo de la cultura democrática y de paz en El Salvador mediante un espacio de reflexión y construcción de propuestas para fortalecer el sistema educativo. Espacios que están integrados por docentes del sistema educativo, organizaciones de la sociedad civil, maestros de instituciones de educación superior, técnico de instituciones públicas, entre otros. El evento tuvo lugar en el Museo Nacional de Antropología “David J. Guzmán”.

LA CONSTRUCCIÓN DE LA CULTURA DE PAZ EN EL SALVADOR¹

Carlos Mauricio Canjura Linares
Ministro de Educación de El Salvador

Raíces de la cultura de la violencia y del autoritarismo

Al analizar la historia de El Salvador, no resulta difícil concluir que ha predominado una cultura y un modo de organizar la sociedad de carácter autoritario en sus diferentes esferas, privilegiando formas no pacíficas de abordar y resolver los conflictos.¹

Resulta arriesgado concluir con precisión cuáles son las causas de esta situación, lo cierto es que es posible identificar que algunas tendencias del decurso nacional y regional, por ejemplo, las vinculadas con la cultura política y los proyectos económicos excluyentes, aparejados con un sistema educativo débil, han contribuido sustancialmente al fortalecimiento de una cultura de la violencia y del autoritarismo.

La cultura de la violencia y del autoritarismo, sin duda, tiene hon-
das raíces en la historia nacional y se ha agudizado en diversos momentos

¹ Discurso de inauguración del Foro Cultura de Paz, iniciativa del Ministerio de Educación desarrollada durante 2017.

con formas específicas de violencia, algunas veces mediante intolerancia de las opiniones, la violencia política, militar, social, cultural y han permeado espacios de la vida cotidiana alcanzando la comunidad, la escuela y la familia conduciéndonos a la compleja situación que vivimos en la actualidad.

Mucho ha contribuido, en la historia reciente, el atraso en la creación de un Estado moderno y un sistema de partidos políticos democráticos y representativos, ya que en momentos en que debía consolidarse una cultura de respeto a la constitución y a las diferencias, se intensificó la intolerancia, la ausencia de diálogo y el irrespeto al derecho de disentir; mientras que la concentración del poder político y económico reforzó las prácticas autoritarias y llevó a una de las grandes paradojas del autoritarismo salvadoreño: la existencia de constantes procesos electorales sin desarrollar un sistema democrático ya que el fraude electoral y las elecciones con candidato único se establecieron como prácticas cotidianas garantizadas por la organización política piramidal y clientelar. El autoritarismo militar heredó del autoritarismo civil todos sus vicios, principalmente, en el modo de organización. En un ambiente dominado por el autoritarismo y la intolerancia, la guerra se fue imponiendo nuevamente como solución final de las diferencias; es así como en la década de los 70 nos deslizamos hacia la sangrienta guerra civil, a pesar de los esfuerzos realizados por evitarla.

Esto nos obligó a enfrentar con mayor preocupación la manifestación más visible y apremiante de la violencia en aquel momento; no obstante, otras relaciones de poder desiguales diseminadas en la sociedad también contribuyeron a potenciar formas de violencia que no atendimos con la misma premura, lo cual ha tenido un costo doloroso para el país. Sin embargo, la amargura de la guerra (que siempre va acompañada de costos sociales tremendos como la destrucción de la familia) nos fue enseñando que existía otra alternativa: la solución negociada y pacífica de los conflictos de donde resultó la firma de la paz en 1992. Nuestra cultura de paz, por incipiente que parezca, es un resultado de comprobar en carne propia la barbarie de la guerra. Las generaciones de la guerra deben ser las primeras en educar a las nuevas generaciones para que los conflictos se resuelvan de manera temprana, haciendo de la Cultura de Paz el gran paradigma educativo. Esa es una de las grandes lecciones que nos plantea el proceso de paz.

Hoy día, cuando enfrentamos las consecuencias de la desatención secular al problema de la cultura de violencia y del autoritarismo, conviene pensar, a propósito del 25 aniversario del Acuerdo de Paz, qué nos propusimos tras la firma de la paz, cuánto hemos avanzado, qué no hicimos, cuáles son los retos y las tareas que debemos asumir.

¿Qué hizo el sistema educativo para consolidar una cultura de paz?

Si bien el Acuerdo de Paz no atiende específicamente al ámbito educativo, lo cierto es que la construcción de un nuevo sistema político como la reconstrucción del tejido social impuso una tarea fundamental al sistema educativo, a saber, la formación y desarrollo, en alianza con la familia y la comunidad, de los ciudadanos y ciudadanas capaces de vivir en paz y de contribuir productivamente a la resolución pacífica de los conflictos. La cultura de paz debió convertirse en un paradigma educativo a partir de los Acuerdos de Paz de 1992. Dicho concepto se definió de acuerdo a Carlos Tünnerman, y en palabras de Federico Mayor, Director General de la UNESCO, como:

«El conjunto de valores éticos y estéticos, de los usos y las costumbres, de las actitudes con respecto al otro, de las conductas y los modos de vida que traducen, inspirándose en ellos: el respeto de la vida, de la persona humana, de su dignidad y de sus derechos; el rechazo de la violencia; el reconocimiento de la igualdad de los derechos de las mujeres y los hombres; y la adhesión a los principios de democracia, libertad, justicia, solidaridad, tolerancia, aceptación de la diferencia y comprensión, tanto entre las naciones y los países como entre los grupos étnicos, religiosos, culturales y sociales y entre las personas.»²

² Citado por Carlos Tunnermann Bernheim, *Cultura de Paz: nuevo paradigma para Centroamérica* (Panamá: UNESCO, 1996) 29–30.

En el escenario abierto por la firma de la paz, El Salvador fue seleccionado por la UNESCO, en 1993, como el primer programa de Cultura de Paz en el mundo para recibir apoyo en su preparación, sus objetivos fueron:

1. Contribuir a la consolidación del Proceso de Paz en El Salvador.
2. Contribuir a la renovación social en El Salvador, mediante la difusión y la interiorización individual y colectiva de los valores, actitudes y comportamientos fundamentales de la Paz.
3. Promover procesos de aprendizaje y vivencias de una Cultura de Paz, que no solo trasciendan la simple transmisión de conocimientos, sino que se conviertan en la forma de ser de la cotidianeidad de la sociedad salvadoreña.
4. Aportar a la comunidad internacional una experiencia innovadora en la construcción de una Cultura de Paz.³

Sería falso sostener que la política educativa incubada en aquel momento y expresada en la Reforma Educativa Marcha no hizo eco de este llamado. De hecho, se abrieron diversos espacios de diálogo para movilizar consensos en torno a la agenda y al proyecto educativo nacional. Por ejemplo, la Comisión de Educación, Ciencia y Desarrollo, donde confluyeron diferentes actores nacionales, políticos, académicos y empresariales señaló con singular precisión que la educación debiera ser un instrumento de paz y democracia, y la estrategia principal para forjar la conciencia nacional, la identidad, el desarrollo científico, tecnológico y productivo centrado en el ser humano; entendiendo la paz como un sano equilibrio de contenidos y valores de orden espiritual, ético, cultural, político, económico y social; partiendo de la conciencia de que la generación de riqueza y bienestar exige educar para que niños, niñas, jóvenes y adultos puedan integrarse a la realidad, conociéndola, criticándola y transformándola, en función del desarrollo humano y social.

³ *Programa Cultura de Paz en El Salvador*. Elaborado por el Ministerio de Educación y otros organismos Gubernamentales y No Gubernamentales. Septiembre de 1993.

Prácticamente todos los instrumentos de política educativa generados tras la firma de la paz, es decir, la ley general de educación, los fundamentos curriculares, los programas de estudio, entre otros, asumen el reto planteado. No obstante, no es menos cierto que nuestro sistema educativo no ha podido aportar en plenitud a la consolidación de la cultura de paz. Y esto es así porque muchos espacios reproducen autoritarismo y cultura de la violencia desde la institucionalidad central.

La escuela, asimismo, reproduce cultura autoritaria cuando la dirección de los centros educativos no promueve relaciones de entendimiento y no se convierte en agente de ambientes educativos agradables. Hay cultura de la violencia cuando la agresión domina en el trato a los niños, niñas y jóvenes; hay violencia cuando excluimos a grandes grupos de la población de una educación de calidad, cuando no hemos hecho suficientes esfuerzos por brindar a la primera infancia la atención requerida. Hay violencia y autoritarismo en prácticas pedagógicas, como con la evaluación tradicional, donde el docente se impone de forma inapelable en un proceso que debiera tener por centro a los estudiantes. Hay violencia de género en la institucionalidad y en la escuela.

Desde luego, podríamos sostener de forma simplista que la escuela no es más que el reflejo de la sociedad y con ello no asumir nuestra cuota de responsabilidad. Y no es que se haya hecho poco; pues el país ha hecho inversiones importantes, ha tenido experiencias valiosas, ha insistido en la formación en valores por más de dos décadas; no obstante, los resultados están a la vista.

Es necesario una cuota más de esfuerzo, un profundo proceso de reflexión y crítica, una nueva convocatoria nacional al diálogo y un nuevo enfoque para encarar con nuevos bríos la tarea que inevitablemente debemos asumir con entusiasmo y con una cierta dosis de heroísmo y patriotismo.

En los últimos años hemos venido insistiendo en que uno de los nudos gordianos está en la calidad de nuestros docentes. Con ellos hay que encarar en primera instancia las formas tradicionales de enseñanza basadas en la reproducción de contenidos y en la ausencia de una profunda especialización disciplinar en tanto punto de partida de una constante reflexión

pedagógica y metodológica centrada en el aprendizaje de capacidades ciudadanas y productivas.

Cuando hablamos de capacidades ciudadanas nos referimos a potencialidades de la persona, que se constituyen a partir de la articulación de competencias (saber hacer concreto), conocimientos (diferentes disciplinas científicas, humanísticas y artísticas), habilidades (racionalidades y destrezas) y modos de ser (emociones, valores y carácter) con los cuales puede encarar situaciones complejas que le presenta la vida cotidiana en sus diferentes dimensiones (interpersonales, familiares, comunitarias, económicas o políticas). Las capacidades ciudadanas pueden identificarse concretamente si consideramos tres aspectos básicos: las dimensiones de la ciudadanía, las esferas de acción ciudadana y el fundamento histórico de éstas; nos referimos a aquellos componentes implicados en el concepto formal del buen ciudadano, es decir, aquel que es capaz de participar en el espacio público, en sus diferentes modalidades y escenarios, donde se dirimen conflictos y se discute el rumbo de las comunidades políticas o de la sociedad con una perspectiva histórica de los procesos. Mientras que las capacidades productivas se refieren a saber producir un bien (lo cual implica conocimientos técnicos y científicos, y manejo de procedimientos formales los cuales se construyen desde los primeros niveles educativos y no están limitados a la educación superior); así como a saber consumir bien, es decir, practicar una ética del consumo que tenga a la base el concepto de sustentabilidad, con lo cual se hace referencia a consumir desde la responsabilidad de cuidar los recursos del entorno para mí y para las próximas generaciones.

Ambos conjuntos de capacidades son necesarios para construir una cultura de paz fundada en las capacidades políticas de la persona, así como en la posibilidad real de insertarse en el aparato productivo. Ahora bien, estas capacidades no se desarrollan en cualquier condición, requieren de docentes calificados, espacios educativos agradables y pacíficos, recursos educativos de calidad y la participación e integración de la familia y la comunidad en el proceso educativo.

La formación de ciudadanos capaces de ser agentes de paz inicia en los primeros años de vida, requiere de las ciencias sociales, de las humanida-

des, de las ciencias formales y naturales, pero también de las artes. Requiere de vida académica y también de recreación y goce estético. Requiere de docentes preocupados sí como de padres de familia comprometidos. Requiere de que el sistema mida los conocimientos adquiridos pero también de la capacidad de comprender los progresos en orden de lo que no es cuantificable, es decir, de las prácticas y las relaciones sociales que promueven la inclusión, el respeto a la diversidad, el diálogo y el progresivo compromiso en involucramiento de la persona en los problemas de la sociedad. De allí, nuestros docentes sigan siendo un factor clave, pues este tipo de evaluación educativa irremediamente surge de una confianza de la sociedad y del estado en sus docentes y en todo el aparato de gestión educativa.

¿Por qué el Foro Cultura de Paz?

En el marco de fortalecer el sistema educativo, para contribuir sustancialmente en la construcción de cultura de paz y en la superación del autoritarismo histórico, el MINED propone, dentro de otras iniciativas, la creación del Foro como un espacio que permita mirarnos con sentido crítico para buscar un cambio. Necesitamos mirar sin condescendencias nuestra realidad, en especial las tendencias que más nos afectan, entre estas, sin duda, la violencia.

Nuestro sistema educativo debe desarrollar un método, en el que a todo nivel gocemos de prácticas políticas y culturales ejemplares. Nuestro sistema educativo debe formar un carácter íntegro en el estudiantado, que comience por darle seguridad en lo que sabe y puede hacer. Estudiantes con conocimientos endebles serán profesionales inseguros y proclives a la corrupción y fácil presa del autoritarismo. La cultura de paz es una necesidad del sistema educativo y partimos de varias ideas fundamentales: el valor que damos al conocimiento, el reconocimiento a nuestros centros de educación superior, el aprecio por la escuela como centro de paz, como taller que forja la convivencia en paz, un núcleo dinámico de la comunidad y la espacio de integración de la familia en el proceso educativo. En el centro del enfoque se encuentran: el reconocimiento de nuestras diferencias, el respeto a la digni-

dad de las personas, la convicción sobre nuestras capacidades para solucionar los conflictos sin violencia y el compromiso con la democracia. Creemos firmemente que una educación de calidad es la mejor contribución que podemos hacer al desarrollo de una Cultura de Paz.

Sin embargo, debemos asumir y reconocer que esto no puede hacerse de espaldas a la sociedad, de allí que esta convocatoria haya tenido la pretensión de reunir a diversas instancias que sin duda pueden aportar con el conocimiento producido, la experiencia, la reflexión y las buenas prácticas, un acumulado de propuestas para revestir al sistema educativo de lo necesario para encarar esta tarea en la encrucijada histórica que vivimos.

En el Ministerio de Educación estamos convencidos que es importante realizar un esfuerzo propio de reflexión, los salvadoreños tenemos la capacidad de ir plateándonos críticamente nuestros problemas y a partir de esto entablar diálogos con otras experiencias y conocer otras miradas.

El gran reto que tenemos en El Salvador es el encuentro de las opciones que liberen a la juventud de la violencia. Una parte de esas opciones corresponden al sistema educativo. Este Foro puede convertirse en la etapa inicial de un proceso de cultura de paz que permita construir los ambientes adecuados para que los jóvenes, las niñas y los niños desarrollen sus capacidades ciudadanas y productivas de forma plena.

Muchas gracias.